

María del Mar Narganes

# Calles suspendidas en el tiempo

Letras Cascabeleras - Narrativa

***Este libro ha obtenido el tercer premio del I  
Concurso Literario “Letras Cascabeleras” en la  
modalidad de narrativa.***

Primera edición. Cáceres, octubre 2014  
Edita: Asociación Cultural Letras Cascabeleras  
[www.lettrascascabeleras.es](http://www.lettrascascabeleras.es)  
Colección Letras Cascabeleras nº. 5  
Autora: María del Mar Narganes Robas.  
Impresión: Estugraf.  
Depósito Legal: CC-000243-2014  
I.S.B.N. : 978-84-941747-6-6

La obra se encuentra protegida por la Ley española de propiedad intelectual y/o cualesquiera otras normas que resulten de aplicación. Queda prohibido cualquier uso de la obra diferente a lo autorizado en las Leyes de propiedad intelectual.

# Calles suspendidas en el tiempo



## Calle del Desprecio

La estanquera de la calle del Desprecio, mujer recia que según muchos no merece su sino, tiene a su cargo en el negocio dos hermanas solteras y un marido inútil. Las hermanas carecen de agrado alguno y su Felipe es un hombre callado, timorato, que a duras penas logra mirar a los ojos a la clientela, y que ante esta y sus cuñadas aguanta a diario, estoico, las quejas continuas y los dictados imperiosos de su esposa.

Son ya treinta años de profesión y cuarenta de matrimonio; se casaron un día de invierno, de calle y a deshoras, porque entonces no había dinero para más. Fueron felices al principio, hasta que Eugenia empezó con sus rarezas, sus ataques de melancolía y sus estallidos de rabia incontenible. Felipe la quería y lo soportó todo, aunque después de veinte años de convivencia no pudo más y pensó por fin en el divorcio. Durante meses había tratado de convencerla de que el médico podía ayudarla, pero Eugenia reaccionaba con violencia ante la más mínima insinuación de enfermedad; con el tiempo, las cortapisas que ella misma se había ido poniendo

acabaron por afectarle a él también, y así había terminado por ceder ante sus manías de no entrar hoy en el salón grande porque había bichos, de no pisar mañana la habitación de matrimonio porque la suegra la miraba con ojos de odio desde la foto de boda, de no invitar a las cuñadas porque se ponían siempre de parte de él.

Quizá por todo ello, se cansó de pronto de cuidarla en contra de su voluntad férrea de leona, fue al abogado y hasta relleno los papeles del divorcio; y, de pronto también, aún con ellos en la mano, se preguntó dónde iba a ir él solo y, sobre todo, quién iba a protegerla entre sus brazos del frío de las madrugadas de enero, quién iba a despertarla por las mañanas con un beso y quién iba a confortarla cuando llegara la siguiente crisis de lágrimas. Felipe se dijo entonces que siempre habría tiempo para separarse, tal vez cuando ella aceptara medicarse, pero diez años después de aquello los papeles del divorcio, rellenos aunque sin sellar, seguían acumulando polvo bajo el viejo televisor del salón.

Un día de invierno, poco después de desechar la idea de romper, o al menos posponerla, Felipe se quedó a hacer inventario en el estanco a instancias de Eugenia, que quería echarse una siesta, y regresó a casa bien entrada la tarde. No

le sorprendió el silencio porque estaba acostumbrado a que el piso pareciera vacío, de modo que como de costumbre dejó las llaves sobre el mueble de la entrada, se descalzó y avanzó sigiloso por el pasillo en penumbras. Un día más, sus pies apenas rasgaron el suelo por no despertar a su mujer y contuvo de vez en cuando el aliento, temeroso de que los latidos de su corazón delatasen su presencia; pero, ya a punto de alcanzar la sala de estar, se sobresaltó al distinguir una figura extraña recostada en el tresillo, y rompió su rutina diaria al dejar escapar un pequeño gemido.

Se detuvo un momento, asustado y tembloroso, junto a uno de los paragüeros de cerámica que flanqueaban la puerta, y casi sin saber lo que hacía tomó a tientas un paraguas de los grandes, de punta afilada, por si tenía que defenderse. Los destellos de la televisión enmudecida centelleaban sobre un desconocido que aun en su postura de durmiente parecía corpulento, y Felipe empuñó el paraguas cual si de un arma se tratase. Sofocado, avanzó unos cuantos pasos más, casi hasta tocarle los pies, y sin dejar de amenazarle con la punta se inclinó sobre él.

Aquel rostro no le era ajeno, y sin embargo, no lograba ponerle un nombre. Un nuevo fogo-

nazo del televisor iluminó sus ropas y Felipe se concentró en el mono gris manchado de sangre y la herida que le abría en dos el pecho. Bajó el paraguas, vencido, y por instinto volvió la vista hacia la pantalla del televisor donde un futbolista buscaba ansioso el gol; después la alzó, cegado por la luz, hasta la puerta que daba al dormitorio pequeño. Eugenia, despeinada pero altiva, le observaba en silencio, y Felipe se restregó los ojos con un gesto algo infantil antes de volver a mirarla, dispuesto a no creer lo que veía. Las manchas que salpicaban su camión blanco parecían formar ya parte del mismo, dibujando sobre su pecho y sus muslos flores imperfectas, teñidas del mismo color de la sangre que bañaba el destornillador que tenía en la mano.

-¿Lo ves o qué? -dijo, petulante -¡Ya te decía yo que aquí había bichos!

Felipe calló y la miró ahora con lástima, incapaz de adivinar qué desvarío de su mente enferma podía haberla inducido a cometer el crimen. Calmado, sabedor ya de que no iba a atreverse a denunciarla, se arrodilló unos instantes frente al cadáver al que había reconocido como Fulgencio el del butano y lo contempló abstraído. En el breve espacio de tiempo que estuvo junto a él antes de deshacerse del cuerpo sabo-